

SEXUALIDAD E IDENTIDAD INFANTIL

Marina Quintero Quintero*

Resumen

La sexualidad es una construcción estrechamente ligada al saber y al ser, de ahí que sea considerada fundamentalmente identidad. Dicha sexualidad es también el producto de una historia en la que se articula lo erógeno y lo fantástico; lo individual y lo social; lo normativo y lo perverso; la ley y el deseo.

El presente artículo pretende explicar la constitución de la identidad sexual, partiendo de un primer tiempo en el cual la criatura humana goza de la omnipotencia de la plenitud y de la ausencia de cualquier expresión de diferencia. En un segundo tiempo el artículo desarrolla el proceso que permite la conquista de la identidad como ser femenino y ser masculino para lo cual realiza:

- 1. Un análisis del autoerotismo y sus efectos en la construcción de una moralidad que regule, en el adulto, la expresión del amor y el ejercicio de la sexualidad.*
- 2. Una reflexión acerca de la curiosidad sexual infantil que evoluciona desde el interés por observar hechos sexuales al interés por conocer hechos y relaciones de la misma naturaleza (pulsión de saber), en cuyo propósito el infante logra el reconocimiento de la diferencia entre los sexos.*
- 3. Una reflexión en torno a los efectos humanizantes que produce la constatación de la diferencia, como son: la angustia de castración y la envidia del pene, posibilitadas por el ejercicio de la función paterna.*

Finalmente, y partiendo de que la sexualidad humana se articula en una dinámica ligada al saber, se analiza la construcción de la identidad en

Magister en Educación Orientación y Consejería, Universidad de Antioquia. Profesora Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia

el interjuego de las teorías sexuales que el infante produce como efecto de la introducción de la ley del padre (simbólico), por lo cual se concluye que la castración coloca al humano en posición de ser y lo enfrenta a la realidad de la pérdida y por tanto la dimensión del deseo.

Palabras clave

Sexo

Identidad de sexo

Summary

Human sexuality is a structure closely related to knowledge and human beings. For this, sexuality is basically identity as well as the product of a history in which the concept of erogenous and imagination, individual and social, norm and perversion, law and desire are articulated.

This article tries to explain the establishment of sexual identity, starting from a first stage in which the baby enjoys the omnipotence of plenitude and the absence of any expression of difference. In a second stage, the article develops the process that allows the conquest of identity as a female or male carrying out as follows:

- 1. An analysis of autoerotism and its effects in the structure of a morality that regulates the expression of love and the practice of sexuality in adults.*
- 2. A reflection about child sexual curiosity that evolves from the interest of watching sexual facts to the interest of knowing facts and relationships of the same nature (pulsing of knowing) in whose purpose the infant gets the recognition of the difference between gender.*
- 3. A reflection about humanising effects produced by proving the difference, e.g. castration anguish, penis envy that are possible due to the practice of father's function.*

Finally, the structure of identity in the inter-role played by sexual theories that the infant produces an effect of the introduction of father's law (symbolic) is analysed from the starting point that the human sexuality is articulated as dynamics joined to knowledge. Then, it is concluded that castration places human beings to be and face reality of loss and hence to the dimension of desire.

Key words

Sex identify

Sex

En los orígenes del proceso de constitución del sujeto, la criatura humana se satisface tanto de sí misma, autoeróticamente, como del cuerpo de la madre que parece ser experimentado como una prolongación del propio. Pero pronto cae sobre ella el creciente conocimiento de saberse separada y por consiguiente, incompleta. El juego de ausencias y presencias de la madre, objeto primordial, le permite acceder al reconocimiento de que toda satisfacción no proviene de sí misma -el pecho que la alimenta viene y se va-.

El recién nacido entonces se orienta al descubrimiento de sí mismo: mientras el autoerotismo es la expresión erógena de esta intención, el narcisismo es su consecuencia psíquica. En efecto, la construcción de la imagen de sí mismo le permite trasladar su autosatisfacción corporal a la imagen autocomplaciente de su propio cuerpo, es decir, al yo. Esta instancia fundamental, epicentro de la identidad psíquica inicia entonces un proceso de diferenciación: un sector permanecerá inconsciente y otro, la conciencia, se desarrollará mediante la esencial función de la palabra.

El carácter primitivo del yo es imaginario. Esto significa que es construido a imagen de la madre omnipotente y que no establece diferencia alguna en el sentido de lo femenino y de lo masculino, por eso en esta época de la prehistoria humana -fase preedípica- no existe distinción alguna entre el yo de la niña y el yo del niño.

¿Qué es entonces lo que caracteriza la identidad humana en el periodo previo al ingreso en el orden y en la diferencia?

“En la infancia todo es diverso o perverso, la unificación y la ‘normalidad’ son el esfuerzo que debemos realizar para ingresar en la sociedad humana”.¹

Este periodo se caracteriza, además de la indistinción entre los sexos, por la presencia de una disposición sexual que Freud denominó polimorfa perversa. Sostiene Freud que en la condición del infante no hay nada que impida a los múltiples y variados aspectos de su naciente sexualidad, desviarse en cualquier dirección, puesto que en ausencia del poder

represor de las inhibiciones culturales de vergüenza, disgusto o pudor, puede producirse cualquier irregularidad. Es pues, la cultura el factor organizador que impide una edad adulta polimorfamente perversa. Por tanto, esta condición primitiva no es un estado del que se salga naturalmente, es algo que se aprende a rechazar.

Supone también esta condición humana precultural, un sistema cerrado de relación madre-hijo, al margen de la ley humana, que es la que instaura la diferencia y permite alcanzar el estatus de sujeto sexuado y hablar en nombre de la cultura. Este es el mundo, al que Freud llamó fálico y que se caracterizó como: 1) el mundo de la no diferencia porque el deseo del infante es el deseo de la madre y en ausencia de la función paterna no es posible la diferencia entre lo masculino y lo femenino. 2) el mundo de la perfectibilidad absoluta o narcisismo primario, identificado con el deseo y la imagen de la madre, el pequeño narciso no reconoce la falta ni las diferencias; el mundo es él, todo está construido a su imagen y semejanza y 3) el mundo de la plenitud, el estado de goce, el cual es un espacio de relaciones en el que el autoerotismo y la fantasía se expresan en cualquier dirección e intensidad.

La sexualidad arcaica

La indiferenciación, la omnipotencia y la plenitud son entonces características de la sexualidad humana en su expresión más arcaica y se revelan tanto en la relación de la criatura con su propio cuerpo como con el objeto primordial. Particularmente en el plano de lo erógeno, niño y niña sólo reconocen la existencia de órgano genital masculino. En un principio los infantes creen que todos los seres poseen pene. Esta constatación de Freud, presente en todos los escritos donde hiciera referencia al complejo de Edipo y a la Castración, resulta obvia si se considera en el contexto de la constitución anatómica y el autoerotismo del niño. Pero qué pasa con las niñas? Cómo es posible que la niña crea en la existencia universal del pene? Pues bien, las niñas, al igual que los niños, también transfieren a hombres y mujeres su noción de la propia sexualidad. Como en esta fase preedípica las niñas sólo experimentan sensibilidad genital clitoriana

A pesar de la controversia que esta afirmación generó en los círculos psicoanalíticos durante los decenios del veinte y del treinta, Freud se atuvo a su convicción de los casos, durante la pubertad.

* Con relación al significado sociológico de masculino y femenino, Freud en Tres ensayos para una teoría sexual afirmó: "...este significado recibe su connotación de la observación de existencia real de individuos masculinos y femeninos. Tal observación demuestra que en los humanos no se ha de encontrar la masculinidad ni la femineidad en estado puro, ya sea en un sentido sociológico como biológico. Por el contrario, todo individuo presenta una combinación de rasgos de carácter pertenecientes a su propio sexo y al opuesto; también presenta una combinación de actividad y pasividad, tanto concuerda o no estas características con las biológicas"

y, dado que el clítoris es homólogo al pene, también ellas suponen un universo masculino.¹

En el orden de la relación con el objeto primordial, lo característico es que se identifiquen con el deseo de la madre; ambos desean ser lo que sus madres anhelan que ellos sean para ellas. Ambos desean entonces poseer a la madre, ser su complemento y el motivo de su felicidad. En este sentido la libido con su inherente objetivo activo-posesivo no es prerrogativa del macho, se universaliza. Freud a partir de esta consideración afirmó que la libido posee carácter masculino. Entendiendo este término en su acepción biológica y algunas veces sociológica, es decir, con el significado de actividad; así, la libido es masculina, en tanto todo deseo es activo, aún cuando tenga un propósito pasivo.*

En efecto, es irrefutable que para ambos sexos el primer objeto de goce es el pecho de la madre. Su carencia entonces deja tras de sí una arrolladora urgencia de recuperarlo, de fundirse con él, de poseerlo canibalísticamente. Y después del pecho, la madre, la que protege, la que abraza, la testigo, la que se aleja, debe ser conquistada, pero la posesión cada vez es más difícil, se la retiene, se le escapa, así, el deseo de dominio es intenso.

En cuanto a la madre, su rol está señalado: ella desea la plenitud, la felicidad y coloca a su hijo en el lugar de lo que a ella le falta. No es entonces la madre de un niño o de una niña; es una madre fálica regocijada narcisísticamente por la posesión del falo. En el ámbito de esta relación se aprecian aspectos pasivos y activos en ambos sexos, esencialmente en el plano de la fantasía, orden de realidad en el que se expresa y puede ser conocido el propósito de la pulsión sexual. En estos escenarios de relación se puede estar ya en una posición activa, ya en una posición pasiva, porque en definitiva el propósito fundamental es siempre la satisfacción del deseo.

Así, una criatura tiende a convertir una reacción activa en una reacción pasiva, por ejemplo, dominar por ser dominado, mirar por ser mirado, incorporar por temor a ser tragado, todo esto como lucha contra la dependencia, deseando hacer cosas en lugar de que se las hagan. Particularmente en la niña esto se evidencia por su dominio en las situaciones de juegos, en especial cuando cumple el papel de la madre de su madre y representa juegos con muñecas en la ilimitada ingenuidad

* Como lo deseó profundamente Juanito, el niño de *Análisis de la fobia de un niño de 5 años* escrito por Freud en 1909. Juanito quería que su hermanita le perteneciera a él y a su mamá, y también trataba a Grete, su muñeca, como si fuera su bebé.

de haz-lo-mismo-que-te-hacen. También, en ambos sexos existe el temor a ser matado -absorbido, incorporado, despedazado o envenenado- por la madre, de modo que se produce un giro hacia la pasividad mediante un deseo agresivo de muerte contra ella. También ambos desean dar a la madre un bebé o haber producido, junto con ella, el hermano recién llegado.*

Poseer a la madre con plena agresividad viril es un deseo sentido del mismo modo por el niño y por la niña. Esto ocurre preedípicamente, no siendo los roles sexuales fijos en modo alguno, todas las variantes y permutaciones de fantasías sexuales con la madre se encuentran a disposición de ambos sexos.

Por todo esto, Freud afirmó, que todo lo que previamente se pensó como característico de los niños también se encuentra en las niñas. En todas las pasiones de la primera adhesión a la madre, las criaturas de ambos sexos son semejantes; sólo cuando aparece la necesidad de la separación por efectos de la introducción del padre en tanto ley, la niña ingresa en el camino de la feminidad. Son las exigencias culturales de tipo heterosexual, las que ponen en movimiento esta separación de carácter hostil reconocida como la llegada del momento edípico. A partir de aquí el desarrollo del niño y de la niña marchará separadamente y se ahondarán las diferencias entre los sexos.

Por tanto, masculino y femenino no son dados, deben ser conquistados a través de una larga historia, y no lo serán definitivamente hasta la pubertad.

Hacia el reconocimiento de la diferencia

Desde el nacimiento es posible constatar el despertar de la zona erógena genital. El pene y el clítoris experimentan erecciones más o menos regulares a intervalos más o menos frecuentes.

La causa de tal despertar, además de las condiciones neurofisiológicas determinadas desde la filogenia, puede ser, ocasionalmente, la excitación natural que provoca la micción, como también, los tocamientos repetidos que tienen lugar durante el aseo y eventualmente la actividad manual que lúdicamente el bebé desarrolla desde que sus posibilidades de maduración y coordinación motriz se lo permiten. Para la madre entonces no resultan extraños los murmullos de satisfacción que emite el bebido entretenido y concentrado en el placer que este acto masturbatorio le

proporciona. Esta actividad puede producirse en momentos en que el infante goce de la presencia materna y en ausencia de ella puede acompañarse de fantasías.

Si bien inicialmente las erecciones están ligadas a la micción o a la defecación, pronto se le independizan para adquirir la significación de condición fisiológica de tensión que en si misma es placentera y que demanda aplacamiento. -autoestimulación-.

Antes de la adquisición del control de esfínteres, el solo acto de la micción, al margen del control normativo -lugar, hora, manera de hacerlo- permitía el alivio de la tensión o excitación genital. Pero una vez lograda la disciplina del esfínter vesical, el apaciguamiento genital sólo es posible provocándose la estimulación y es este acto el llamado masturbación secundaria, por estar íntimamente vinculado a la emergencia del deseo por efecto de la introducción de la función paterna.

Esta función, cuyo efecto es la castración simbólica, comienza a obrar cuando el lenguaje se torna mediador de la relación madre-hijo, con lo cual se crean las condiciones propicias a la actividad masturbatoria. En efecto, las ausencias cada vez más prolongadas del cuerpo de la madre y de su propio cuerpo generan el deseo de revivir lo sensitivo, de recuperar los placeres al contacto con el cuerpo materno y se convierten en motor no sólo para la fantasía incestuosa, sino también para la actividad autoerótica genital, que de alguna manera permite recuperar tales placeres.

En este orden de ideas es posible reconocer en esta actividad algunas ventajas. El sólo hecho de la descarga de tensión fisiológica es un gran alivio para el infante, puesto que, al ser lograda, le permite realizar otro tipo de actividades, lúdicas por ejemplo, o de simplemente dedicarse al reposo. Pero no es esto lo más importante. La actividad masturbatoria es una forma sustituta de recuperar al otro, tanto en lo erógeno como en sus formas de relación, ya que este acto se acompaña generalmente de la fantasía incestuosa. Aún más, la masturbación permite el dominio y el control de la estimulación placentera, que no es dable cuando las sensaciones placenteras son otorgadas por el cuerpo de la madre ya que en estos casos la posición del infante es pasiva. Estas ventajas permiten reconocer que la actividad masturbatoria es equiparable en sus efectos a la actividad lúdica.

El juego permite a los niños el control diferido de impresiones intensas. Igualmente es posible que estados afectivos intensos como angustias, duelos, temores o envidias puedan encontrar alivio en la actividad masturbatoria.

El juego también permite actualizar y anticipar acontecimientos definitivos para el desarrollo del yo, en una intensidad y en un tiempo en que pueden ser controlados. De la misma forma la masturbación infantil prepara al niño para asumir la excitación genital futura y para la acción del mismo tipo que permitirá el acceso al placer y una relación adecuada y oportuna con el propio cuerpo.

Como en el juego, la masturbación es un medio para realizar activamente aprendizajes. En este caso es el aprendizaje del control de las sensaciones genitales, entendiendo control como esa capacidad de reconocer el advenimiento de la excitación, de prolongar la sensación placentera, de poner límite al ejercicio autoerótico, en fin, es un aprendizaje para la actividad genital futura. Sin embargo, y a pesar de lo anterior, el autoerotismo genital es la actividad infantil más intensamente perseguida y prohibida por la moral tradicional. El adulto, víctima en su infancia de las prohibiciones, las amenazas y los severos castigos que le impuso y aún le impone la civilización, se encuentra imposibilitado para reconocer la naturaleza inocua de la masturbación y toda la agresión que la represión de su deseo infantil generó, se descarga profiriendo contra el niño toda suerte de prohibiciones, amenazas y castigos -herencia de la práctica educativa de sus mayores-.

Doltó realizó un inventario de las prohibiciones más frecuentes a la masturbación infantil. Entre ellas se encuentran la prohibición sin explicación, los castigos corporales, la amenaza mágica, la castración en sentido literal, las enfermedades y el castigo divino.²

La prohibición sin explicación. El adulto no sólo censura la masturbación sino que es raro que justifique su prohibición. Cuando el niño pide una explicación el adulto sorprendido y confuso puede dar respuestas como: "es sucio" o "no está bien". Estas respuestas reveladoras del conflicto personal, lo desnudan frente al niño, quien progresivamente va perdiendo la confianza en el adulto deshonesto e inseguro. Pero si el niño acepta la explicación encubridora como verdadera, tales juicios de valor pueden dañar definitivamente su juicio de realidad y su capacidad reflexiva.

Existe en las diferentes culturas una amplia gama de castigos corporales que se utilizan en las prácticas educativas tradicionales: las nalgadas, las bofetadas o los azotes, entre otros. Algunos más refinados como atar las manos del niño cuando está acostado, lo reducen a la condición de víctima con las consecuencias que ello acarrea. En el futuro, desde su inconsciente, el solo deseo de moverse seguramente le recordará el fatídico placer prohibido. Entonces es la represión de todo lo que pueda evocar lo censurado, la defensa del yo angustiado y culpabilizado, lo cual dejará consecuencias graves para su desarrollo intelectual, sexual y amoroso.

La amenaza mágica. Dioses, brujas, duendes, en fin, seres punitivos que vendrán a castigar y a tomar venganza, ante lo cual el pequeño no tendrá posible salvación.

El sentido literal de la castración. Éste obviamente creará gran aprehensión en el pequeño: ponerlo en manos del doctor para que “se lo corten” o el mismo padre haciendo uso de instrumentos terribles procederá a la mutilación.

Las enfermedades. Bien sean localmente mutiladoras -el pene se le corroerá-, las que consumen -“te volverás bobo”, “loco”- o las mortales. Estas ideas de castigos terribles permanecen actuando desde el inconsciente y llegan con toda su fuerza agresiva a impedir la actividad genital del adolescente y del adulto.

El Castigo Divino. Éste es merecido por tan grave falta, con lo cual se culmina una cadena de violencias contra la criatura, que sólo expresa con su autoerotismo los logros de un desarrollo que lo conduce progresivamente a ubicarse en su lugar de humano.

Esta violencia cultural afecta directamente la actitud del niño hacia la genitalidad y actividades que posibilitan desarrollos en otros órdenes: Los niños a quienes severamente se les prohíbe la masturbación incuban temores y sentimientos de culpa acerca de la actividad como tal, incluso, acordes con un pensamiento mágico y animista esperan fantásticos castigos, tales como la mutilación del pene, perforaciones, desintegración. Cuando estos niños ya adultos -inhibidos para la genitalidad- se someten a análisis, se encuentra que los temores y culpas son generados más por la fantasía incestuosa que acompaña el acto, que por la masturbación misma.

En la adolescencia y más adelante, los temores y sentimientos culposos continúan ligados a la masturbación y si son sometidos a análisis, estos sujetos muestran una clara resistencia al esclarecimiento del carácter inofensivo de la actividad autoerótica, pareciendo que existiera un firme deseo inconsciente en calificar la masturbación como una cosa terrible. Por regla general el sentimiento de culpa proveniente del deseo incestuoso y parricida se desplaza a la masturbación que es la actividad que sirve de descarga para las fantasías edípicas -las fantasías conscientes que acompañan la masturbación del adolescente y del adulto son un derivado deformado de las fantasías edípicas inconscientes-.

Este desplazamiento sirve de respaldo a la represión del deseo edípico, porque si los pacientes creyeran que la masturbación en sí misma es dañina, no quedarían liberados del sentimiento de culpa, entonces tendrían que ir en busca de la fuente del mismo, corriendo así el riesgo,

de toparse con el horror de lo reprimido incestuoso. Por esta razón es preferible sentirse culpable por masturbarse.

Pero volviendo sobre las ventajas de la actividad masturbatoria se debe tener en cuenta que es la profunda complacencia genital que la criatura se provoca, la razón que despierta, además, una insistente curiosidad por los genitales de quienes le rodean. Lo decía Freud en *Tres ensayos para una teoría sexual*:

“...debemos reconocer que la vida sexual infantil entraña también, por grande que sea el predominio de las zonas erógenas, tendencias orientadas hacia un objeto sexual exterior. A este orden pertenecen la pulsión de Contemplación, exhibición y crueldad, que más adelante se enlazarán estrechamente a la vida genital...”³

En efecto, el deseo contemplativo que involucra al otro humano, surge en el niño como una manifestación sexual estrechamente ligada a la excitación genital y a la constitución del Yo. El Yo logró su primera expresión en el encuentro visual de la imagen especular, reflejo voluptuoso de su erógena corporalidad y fue a partir de esta experiencia de donde surgió la tendencia básica hacia la contemplación como actividad placentera y estructurante de la subjetividad.

Luego de la fascinación que produce al niño la captación visual de las formas humanas, de las imágenes, el interés a partir de los dos años y medio aproximadamente, lo orienta hacia la observación de hechos sexuales. Efectivamente, es a partir de la observación de la constitución sexual anatómica propia y ajena, que se define para el yo, la diferencia sexual con lo cual se estructura la identidad sexuada y se inaugura el oden humano.

La intensa excitabilidad genital y el consecuente acto masturbatorio conduce, a que sin inducción alguna desde el exterior, el niño desarrolle un mercado interés por los genitales propios y por los de sus homólogos en edad. Dado que la ocasión de satisfacer tal curiosidad no se presenta más que en el acto de la evacuación anal y uretral, los niños se convierten en interesados espectadores -voyeurs- de la expulsión de la orina y de las heces fecales.

Esta observación placentera como cualquier otra observación sexualizada recoge los rasgos de la percepción primitiva: La motricidad se encuentra inseparablemente ligada y se da una in-corporación de lo percibido, con la consiguiente modificación del yo, de acuerdo a la naturaleza de lo que ha sido percibido:

“La observación de un niño que está mirando con propósito libidinoso demuestra en qué consisten los rasgos concomitantes o pre-requisitos del mirar placentero: el niño quiere mirar un objeto para “sentir lo mismo que este”; para “ser como él”.⁴

Pero la consecuencia fundamental del ejercicio de la curiosa observación no es sólo el placer logrado en la actividad sensorial sino la evidencia a la cual, ésta continuada actividad, lo conduce: existe una diferencia. La comprobación empírica de la carencia de pene en unos seres entra a contradecir la sólida creencia de un mundo fálico, creando por su puesto, en el niño -poseedor de pene-un intenso malestar -angustia de castración sería la denominación psicoanalítica-.

Inicialmente la constatación de la diferencia anatómica de los sexos* es, claro está, poco sólida y se encuentra rodeada de una especie de halo del tipo de “he visto mal”; “estaba, pero era pequeño”... halo que no es más que una escotomización -negación con explicación- del real testimonio de los sentidos. La diferencia es entonces, en un primer tiempo, más o menos percibida, más o menos comprobada. En todo caso no se la universaliza, no se la propone como categoría, ni se la limita a tal o cual persona (“si Ana no tiene una cosita de hacer pipí, tal vez la madre la tenga” suponía Juanito²). No obstante, deberá acceder al testimonio que una y otra vez le proporcionan sus sentidos, y es aquí cuando el niño fálico debe construir una explicación para esta ley natural que lo contraría: la diferencia anatómica de los sexos se explica por un acto de cercenamiento -“se lo cortaron”, “se le cayó”-, lo cual implica, debido al acto mismo de la castración, algo que pesará en el destino del sujeto: si hubo cercenamiento, existe siempre la posibilidad de que se produzca otra vez. La castración es siempre posible y, de cierta manera, amenaza siempre. Esta amenaza es la angustia de castración que inaugura un momento definitivo para la historia del sujeto: el triángulo Edípico. En tanto fantasía de castración ella extraerá sus contenidos no sólo de la constatación de la diferencia, sino que derivará de la amenaza un elemento altamente significativo.

Efectivamente, la amenaza cuando se la formula directamente llega como reacción a la actividad masturbatoria, y por supuesto a las fantasías

* La curiosidad sexual de Juanito (análisis de la fobia de un niño de 5 años) lo lleva a la constatación de que los seres llamados femeninos no tienen “cosita de hacer pipi” como la pequeña Ana, y eventualmente su madre a quien acecha y observa.

* La amenaza de castración es universal como universal es la creencia en un mundo fálico. Ella sufre toda suerte de vicisitudes: puede ser más o menos formulada, puede desplazarse a otro objeto —“te vab a cortar el dedo”— incluso, puede estar latente y ser percibida en ocasión de otra situación —una intervención quirúrgica, por ejemplo pero siempre la función castradora la ostentará la figura paterna.

edípicas que a ella subyacen, o sea el deseo por la madre. Pero lo fundamental de la amenaza, es que el castigo que en ella se enuncia proviene de la figura paterna, aún cuando sea la madre quien la formula "ya verás lo que te va a hacer papá" -en el caso de Juanito: "vamos a llamar al doctor"-.* He aquí ese elemento significativo para la humanización: que el agente castrador sea el padre constituye un factor determinante en la estructura cultural. El padre no sólo es el poseedor de un gran pene, sino que es el poseedor de la madre; y aún más, es el objeto deseado por la madre. No obstante, el deseo de la madre por el padre, es una verdad a la cual el niño no accederá tan fácilmente -su aceptación implica asumir la castración-simbólica.

Cuando el niño debe aceptar la ausencia de pene en las niñas procede a devaluarlas: supone que tal carencia las coloca en condiciones de desventaja tanto erógena como sociales. Sin embargo, le es imposible admitir que las mujeres y sobre todo, la madre, carezca de pene.

En la concepción de un mundo fálico tanto niña como niño construyen la fantasía de una madre fálica, madre omnipotente, al margen de las carencias y por tanto del deseo. Es la madre del niño fálico; la madre de la perfectibilidad absoluta y por ende poseedora de pene. Es la madre preedípica, la madre de la precivilización en el proceso hacia la construcción de lo humano.

La caída de la madre fálica se produce simultáneamente al surgimiento de la angustia de castración: la madre carece de pene; la madre desea al padre y el padre es deseante y poseedor de la madre. Son estos reconocimientos los que colocan en peligro no sólo el pene del infante, sino su condición de falo, su posición de objeto de deseo de la madre. Su condición es marcadamente inferior frente a la omnipotencia paterna. Pero es esta condición, esta angustia, este reconocimiento, lo que genera el deseo de ser como el padre omnipotente, para llegar algún día, en el futuro, a ocupar su lugar -promesa que compensa la renuncia a su posición de falo y que implica la identificación con la ley del orden humano.

Pero, ¿cómo enfrenta la niña la realidad de la diferencia anatómica de los sexos? La niña como el varón cree, mientras no compruebe lo contrario, que todo el mundo está formado como ella. Cuando tiene que comprender que esto no es cierto, lo siente como una verdadera desventaja. No hay duda de que las niñas, luego de constatar que los niños tienen pene derivan la convicción de que la posesión de un pene procura ventajas en el aspecto masturbatorio y urinario. A los ojos de las niñas, el pene hace a quien lo posee, más independiente y menos sujeto a frustraciones. Esta creencia puede tener su origen en la intensa concentración de sensaciones en el clítoris que comparado con el pene

es indiscutiblemente inferior y también experiencias en el orden de las relaciones familiares que la colocan ciertamente en condiciones desventajosas frente a las posibilidades del niño.

La envidia del pene es un sentimiento consecuente a la constatación de la diferencia, y se halla vinculado, generalmente, con la creencia de que la ausencia de pene es una especie de castigo, merecido o injusto. En este sentido la idea de la niña de haber perdido un pene y la idea del niño de que pudiera perder el suyo son completamente análogas. No obstante, el hecho de que la niña piense "he sido castigada", mientras que el temor del niño sea "puedo ser castigado" es causa de notables diferencias en el proceso de humanización, o sea, en la definición de la masculinidad y la feminidad.

Comprobado el perjuicio, la niña se vuelve a la madre fálica con actitudes reivindicativas, pero sufre la gran decepción: la madre no tiene pene!, es como ella carente y deseante. Simultáneamente surge la figura del padre como poseedor del pene y de la madre. Al constatar la niña que la no posesión de pene hace de la madre el objeto deseado por el padre y al verificar que esta posición en el deseo del padre la hace merecedora de hijos que le otorgan una posición fálica, entonces, hace el viraje fundamental: se vuelve de la madre al padre, a su objeto futuro -el hombre- para reclamar de él, el pene en sus dos formas, como objeto de la libido genital y como objeto simbolizado, como hijo. Así logra la compensación esencialmente femenina a su carencia de pene.

En este orden de ideas el deseo que subyace a la envidia del pene es el deseo de falo. En efecto, lo que la niña busca en el padre, como hombre, es el hijo y no necesariamente el pene. Fue este el sentido que Freud desarrolló en su obra: el deseo primario en la feminidad es el deseo de hijo y el deseo de hombre es entonces, secundario. Así, pues, para la fémina el hombre es el instrumento que le permite conquistar una posición fálica. De ahí que la mujer se encuentre en el centro de la sociedad intercambiando hijos por falos simbólicos.

Descritas ya las consecuencias que deja en el yo la curiosa observación de hechos sexuales, ahora es importante plantear lo relativo al destino de esa primera y empírica actividad investigativa. Pues bien, el deseo de observar hechos sexuales es progresivamente sustituido por el deseo de conocer hechos sexuales.

En este tiempo en que la vida sexual del infante logra su máximo florecimiento -el ingreso en el triángulo edípico- surgen las más claras manifestaciones de esta actividad a la cual Freud denominó *pulsión de saber*.

La pulsión de saber no puede clasificarse entre los componentes sexuales primarios, ni colocarse exclusivamente bajo el dominio de lo radicalmente sexual. El deseo de saber si bien actúa con la energía del deseo contemplativo, corresponde a una sublimación, en tanto el objetivo que con tal actividad se persigue, se desplaza desde el hecho empírico hasta la búsqueda de las causas y las consecuencias. Incluso, la observación es sustituida por la reflexión y por la actividad verbal a manera de interrogantes. No obstante, las relaciones que esta actividad sublimada guarda con la vida sexual, son ciertamente importantes en tanto ella es despertada por los problemas sexuales propios de esta fase de desarrollo.

En efecto, son intereses prácticos y no teóricos, los que ponen en marcha la actividad investigativa infantil: la amenaza que a sus condiciones de existencia impone la sospecha o la realidad de un nuevo niño y el temor a perder su posición fálica, lo llevan a investigar el problema de la aparición del hermanito. Entonces, el primer problema del cual el niño se ocuparía, no sería necesariamente el de la diferencia de los sexos, sino el enigma de la procedencia de los niños.

Si bien la procedencia de los niños origina una recurrente actividad investigativa, bien sea a manera de reflexión o de interrogatorios, lo fundamental es que como actividad investigativa conduce a productos explicativos denominados teorías sexuales infantiles.

En *Tres ensayos para una teoría sexual* Freud reconoce que las soluciones dadas por los infantes al problema de la procedencia de los niños derivan de la naturaleza de su conformación anatómica, además de ser ampliamente diversas. Entre ellas se encuentran: “los niños salen del pecho”; “los niños son sacados cortando el cuerpo de la madre”; “los niños nacen abriéndose paso por el ombligo”; “los niños nacen saliendo del intestino” -como en el acto excrementicio- y en cuanto al problema de la concepción la teoría generalizada es la de que los niños se conciben al comer alguna cosa determinada -como en las fábulas- y deben nacer por vía anal.³

Estas investigaciones de los primeros años infantiles se recuerdan raramente por fuera de la terapia analítica, pues han sucumbido a la represión, pero sus resultados, las teorías, cuando se traen a la conciencia muestran todas una íntima analogía, pues en general las teorías sexuales infantiles son imágenes que emergen de la propia constitución sexual del niño y que, a pesar de sus grotescos errores, indican más comprensión de los procesos sexuales de la que los adultos sospecharían. Es indiscutible que los niños advierten la transformación morfológica producida por el embarazo de su madre y saben interpretarla con exactitud; es por esto que la tradicional fábula de la cigüeña y sus similares es escuchada con una profunda desconfianza. Pero dado que la investigación infantil

desconoce el papel fecundante del pene y la existencia del orificio vaginal*, los trabajos de la investigación infantil permanecen infructuosos en el plano de la realidad.

Sin embargo, las teorías que produce son verdaderas soluciones explicativas, aún más, cuando el pequeño investigador cuenta con el respeto y la colaboración del adulto, la respuesta franca y oportuna, la ausencia de censura y la valoración a la actividad infantil se genera en él un verdadero interés por la investigación, pasando progresivamente de los temas y problemas de carácter sexual, a otros, que si bien se le asocian, involucran cada vez aspectos de la realidad física y cultural. Es entonces el adulto quien facilita la sublimación de la pulsión del saber contribuyendo con ello al desarrollo intelectual del infante. Además, si se tiene en cuenta que la investigación sexual de estos años es siempre llevada a cabo solitariamente, ella constituye un primer paso hacia la orientación independiente del niño en el mundo, condición esta necesaria para forjar solidez en los criterios que subyacen a las posiciones autónomas, a la toma de decisiones y en general a las actividades intelectuales.

Pero cuando en el lugar del respeto se coloca la mentira, la amenaza o el desdén; o cuando el constante interrogatorio de los niños resulta fastidioso para el adulto, entonces, lo que fue inquietud intelectual, interés, construcción, reflexión queda interrumpido, seguramente para siempre, y en su lugar surge la timidez, la inhibición, el silencio, la irreflexión y la incapacidad de mirar a quienes le rodean. Es decir se presenta la represión del deseo, del saber, con las fatídicas consecuencias que acarrea en el desarrollo afectivo e intelectual. Fueron estos análisis los que movilizaron a Freud, a lo largo de su obra, a formular la gran crítica a las prácticas educativas, que en pro de una falsa moral, mienten, ocultan y omiten, creando desconfianza y dependencia.

En este orden de ideas, no hay duda entonces de que la educación resulta excesiva si afecta la curiosidad sexual, porque conduce a su represión y a la ulterior extinción de la curiosidad intelectual, de ella derivada. Freud se pronunció siempre en favor de la educación sexual de los niños y alertó a padres y educadores en este sentido: nada justifica la abstención de satisfacer la curiosidad infantil con explicaciones claras y oportunas. El argumento justificador que preconiza una inocencia en el infante, se desmorona frente a la simple observación. En realidad es la masiva represión que opera en la estructura del adulto la responsable de su temor a admitir las diferentes formas de expresión sexual en los niños, como también la responsable del olvido de la propia infancia y de muchas inhibiciones en el plano de lo afectivo e intelectual. No obstante, desconocer la expresión de la sexualidad no le impide al educador reprimido perseguir severamente la expresión sexual de los pequeños*.

En *Teorías Sexuales Infantiles* Freud manifiesta la convicción de que ningún niño mentalmente sano puede dejar de preocuparse por los problemas sexuales en los años infantiles.⁴ Incluso, la experiencia demuestra que la precocidad intelectual y la precocidad sexual suelen estar asociadas. Pero lamentablemente la actitud habitual que el adulto adopta ante los insistentes interrogantes de los niños es la menos saludable; en la mayoría de los casos si no lo reprueba, le responde con una fábula, dando así lugar a que se configure el conflicto psíquico que deja como consecuencia la angustia, la represión y la culpa.

En efecto, la teoría que el niño construye a partir de su propia constitución sexual y de sus observaciones y reflexiones da respuesta a interrogantes cruciales para la definición de su identidad. Por ello el niño revela un particular apego por su teoría. Pero a los ojos del adulto la teoría del niño no es conveniente, ya que contradice su posición, basada generalmente en criterios moralistas. El niño atemorizado debe asumir la opinión del adulto como contenido obligado para su conciencia y así logra ser considerado un buen niño; un niño bien educado, aun a costa de abandonar sus convicciones teóricas y su actividad intelectual. De esta manera las experiencias sexuales que le daban contenido a sus convicciones teóricas se reprimen al no encontrar en las palabras del adulto un vehículo de expresión. En el futuro sólo alcanzarán el discurso de la conciencia a manera de actos fallidos, de chistes, de síntomas, de sueños. Entonces la causa de la represión no es la prohibición impuesta al hacer, si no la prohibición impuesta al decir porque con ella se configura la fuga de contenidos de la conciencia, dado que lo que no puede ser dicho tampoco puede ser pensado, porque para el precario juicio moral del infante los pensamientos son tan culpables como las palabras y los actos.

La censura ejercida sobre la palabra constituye así el error educativo de más graves consecuencias, ya que provoca la formación de síntomas neuróticos en los cuales retornará una y otra vez la verdad reprimida, y además porque compromete la independencia de pensamiento, es decir, el ejercicio de la función intelectual. Al respecto, afirma Freud en *La ilustración sexual del niño*:

“No hay duda de que si la intención del educador es ahogar lo antes posible toda tentativa del niño por pensar en forma independiente, en provecho de la tan valorada ‘honestidad’ nada le ayudará mejor que desorientarlo en el plano sexual e intimidarlo en el terreno religioso”.

Las teorías sexuales infantiles en la configuración de la identidad sexual

En el proceso hacia la construcción de la identidad cada fase de la evolución libidinal se desenvuelve de acuerdo con la siguiente dinámica: una privación del yo, es decir, una renuncia, una pérdida, una carencia, en definitiva, la falta y su efecto humanizante; la diferenciación entre el yo y el otro, la cual deja tras de sí la poderosa fuerza del deseo y un nuevo modo de relación con el objeto. Por ejemplo; de la espera pasiva típica de la fase narcisística cuando el objeto no es aún el objeto de una conquista por medio del despliegue de una actividad, sino de una espera, se pasa al enfrentamiento primero con los noes. La relación por supuesto cambia, ahora debe relacionarse con el juicio del otro quien por primera vez es testigo, enojado o agradecido, pero en definitiva testigo al que habrá de conquistar. Luego en el tiempo edípico, el problema es de autonomía. Al refugiarse en la autosatisfacción, la fantasía o el autoerotismo, se proclama en cierto modo independiente de un objeto, pero vendrá la prohibición del incesto, es decir, el señalamiento que la cultura hace de los objetos prohibidos al deseo sexual. La autonomía entonces queda intervenida por la castración simbólica.

Todo esto genera un nuevo conocimiento del otro y por tanto de sí mismo. Por ejemplo, en el caso del narcisismo primario, el objeto es el de la entrega plena e incondicional y el yo replica esta condición; en la fase anal el objeto es el testigo-juez que se atraviesa entre “mi cuerpo y yo”, al que hay que agradar o enojar, y el objeto edípico se diferencia ahora como madre y padre y en su función, se revela para el infante lo masculino y lo femenino. El Yo entonces por virtud de la identificación se hace como el otro. La identidad es producto de una conquista.

Pues bien, es en la ecuación “yo como otro”, que da lugar al narcisismo primario, en la que se encuentra la significación al clásico interrogante infantil: “¿De dónde vienen los bebés?”

En efecto, esta primera y trascendental pregunta al incertarla en la ecuación que define la identidad primaria, toma el otro sentido: “¿De dónde vengo yo?”, pero, ¿por qué el infante no se incluye como sujeto de la pregunta? Debe ser porque su subjetividad aún no se ha configurado. Si la hubiera logrado, no tendría necesidad de preguntar, sería tautológico, entonces la debe proponer en términos de un tercero, los bebés, como si se refiriera a sí mismo por el nombre, más que por el pronombre personal yo.

El yo es la categoría gramatical que indica la individualidad porque el yo no puede concebirse sin un tu, es decir, sin el auditor al cual se opone. Pero tampoco puede concebirse sin un él que representa al Otro, la no persona, el omnipresente, el padre simbólico, la ley contra el incesto; el que corta y marca la división yo-tú.

Entonces, antes de haber adquirido la individualidad, en plena relación imaginaria con la madre, el niño habla de sí mismo en tercera persona: "el bebé", reproduciendo así el lenguaje de los padres cuando hablan de él -de cuyo intercambio ya está siendo excluido-.

En esta condición dual, imaginaria, el lenguaje no es medio de comunicación entre individuos diferentes, que forman parte de una sociedad. Para serlo deberá sufrir el drama de la castración simbólica y cuando esto suceda el lenguaje será la condición para la toma de conciencia de sí como entidad diferente.

Se puede afirmar que cada respuesta que el niño construye ante este interrogante fundamental, es una teoría explicativa que tiene su paralelo en los diferentes estadios sexuales. Es decir, las teorías extraen los elementos que las constituyen, de las vivencias, las fantasías, las frustraciones, lo que individualiza cada fase de la evolución libidinal.

Las respuestas son entonces respuestas a la pulsión sexual que verbalmente es vivida como cuestión ontológica -el problema del origen, del lugar, del ser-. El niño en cada respuesta o teoría expresa su deseo de saber dónde encajará, en este nexo creciente de gente diferente. Las respuestas que logra quizá le reaseguren que aunque ahora está privado de sus satisfacciones corporales -puesto que está enfrentando la castración simbólica- pronto obtendrá su recompensa y se recuperará a sí mismo cuando le llegue el momento de permitirse soñar con la satisfacción cumplida; y cuando haya renunciado lo suficiente como para hacerse adulto, podrá volver a tener substitutivamente lo que ha perdido, a la madre.

Entonces, las respuestas a la pregunta ¿"de dónde vienen los bebés"? sugieren que la pregunta también significa: "mami, papi, ¿cómo obtienen su placer?, ¿cuándo podré volver a tener el mío?"

Estas respuestas del niño con respecto al nacimiento y a la sexualidad, que dicen tanto del camino hacia la definición de su identidad son las llamadas por Freud teorías sexuales infantiles.⁵

La primera teoría es la teoría del mundo fálico: "el mundo es el bebé" que equivale a "el mundo es como el bebé" que equivale a "el pene

omnipresente". Esta teoría extrae su contenido (imágenes) de la condición indiferenciada del narcisismo primario: tanto niños como niñas creen en la presencia universal del pene. No conciben la existencia de una vagina, aunque existe la urgencia de introducir y penetrar algo. Se hace potente entonces el requerimiento de un receptáculo. Esto lleva a que la criatura produzca su segunda teoría, la teoría cloacal: "un bebé es un bulto de excrementos" que equivale a "los bebés salen analmente", que a su vez equivale a "tanto hombres como mujeres dan a luz".

La teoría cloacal se inserta en la fantasía de mundo fálico para dar cuenta de la bisexualidad, además de expresar la omnipotencia propia del narcisismo original: "el bebé hace el mundo". El bebé sale del cuerpo por vía anal y como las heces es cedido a otro, es un regalo. Aquí se expresa el deseo activo-pasivo de dar-recibir un hijo (a) de mamá. Y la fantasía de "yo puedo hacer un bebé", "yo puedo dar un bebé a mamá" cubre las expectativas en el campo de la relación objetal.

La tercera teoría es la teoría sádica: "La sexualidad (genital) es una batalla, en la que el macho fuerte hiere a la hembra más débil". La observación, el recuerdo y la fantasía de la escena primaria -intercambio genital-, más las urgencias agresivas básicas canibalísticas, las anales -expulsivas-retentivas- y las genitales, son las que sugieren esta teoría. "El macho fuerte" es ya una imagen de padre castrador quien arranca a la madre y al niño de su omnipotencia fálica para producir las identidades de hijo, de madre y de padre en el conjunto familiar.

En síntesis, en la primera teoría el mundo es el bebé; en la segunda, el bebé hace el mundo; en la tercera, el bebé es excluido del mundo. Todas estas nociones se refieren a la relación del niño consigo mismo y en esta perspectiva permiten reconocer dos cosas. En la primera se confirma la descripción Freudiana de que en la fase preedípica persiste la ambivalencia sexual o bisexualidad. Los niños desean todo, por ejemplo: Juanito de cinco años de edad, no abdicó la procreatividad en las mujeres:

"Padre: Pero sólo las mujeres tienen hijos

Juanito: Yo voy a tener una niña...

Padre: Te gustaría tener una niñita ?

Juanito: Sí, el año próximo tendré una...

Padre: Por qué no la tendría mami?

Juanito: Porque yo quiero tener una niña... aunque sea una vez.

Padre: Sólo las mujeres, sólo las mamás tienen hijos.

Juanito: Pero, por qué no la tendría yo?

Padre: Porque Dios lo ha dispuesto así.

Juanito: Por qué no tienes tu una? oh, sí, la tendrás. Espera y verás”⁷

En este sentido Freud asegura que ningún placer, aunque haya sido sustituido y su deseo reprimido, se abandona completamente. Del mismo modo que la niña esperará que su clítoris crezca e ingrese en la actividad fálica, así el pequeño esperará poder tener un bebé.

En la segunda, la teoría es transformada porque falta algo: la autosuficiencia de la primera experiencia narcisística. La criatura que descubre que todo lo que necesita está en su propio cuerpo y en su prolongación que es el pecho de su madre, gradualmente deberá ponerse de acuerdo con la noción de las alternativas: “si tienes lo uno no puedes tener lo otro, sobre todo, no puedes tenerlo todo.” principio básico para la humanización y la construcción de la cultura.

De manera equivalente la transición de una fase sexual a otra se alcanza a través de la privación: la pérdida del pecho, la pérdida de los excrementos, la pérdida del pene que está en la base de castración y finalmente, la castración simbólica: pérdida definitiva de la condición de falo de la madre y conquista de la identidad de sujeto sexuado.

En este punto se encuentra el Complejo de Edipo, sin el cual nada de lo que se refiera a lo sexual, a lo humano, tendría sentido. Todas las fases son importantes en el contexto de los esfuerzos del infante por encontrarse a sí mismo: primero debe descubrir su lugar mediante la relación con los objetos edípicos, después debe descubrirse, en cuanto objeto para los otros, esencialmente como procreador, y al hacerlo, el ser humano no atraviesa etapas, las vive, forman parte de su historia.

Referencias bibliográficas

1. MITCHELL, J. Psicoanálisis y Feminismo. Anagrama, 1976.
2. DOLTO, F. Psicoanálisis y Pediatría. México: Siglo XXI, 1975.
3. FREUD, Sigmund. Tres ensayos para una teoría sexual. Obras Completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
4. FENICHEL, O. Teorías Psicoanalíticas de la Neurosis. Buenos Aires: Paidós, 1966.
5. Teorías Sexuales Infantiles. Obras Completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
6. Teorías Sexuales Infantiles. La ilustración sexual del niño. Obras Completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.
7. Teorías Sexuales Infantiles. Análisis de la fobia de un niño de cinco años. (Caso Juanito). Obras Completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

Bibliografía

FREUD, Sigmund. Contribuciones al simposio sobre masturbación. Obras Completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

FREUD, Sigmund. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. Obras Completas. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva, 1973.

LACAN, J. Escritos 1. Madrid: Siglo XXI, 1971.

LEPLANCHE y PONTATIS. Diccionario de Psicoanálisis. Barcelona: Labor S. A, 1977.

LEPLANCHE, J. Problemática Psicoanalítica. Buenos Aires: Nueva Visión, 1979.

MASOTTA, Q. et. al. Jornadas S. Freud N° 4. Cuadernos S. Freud. Buenos Aires, 1974.

MILLOT, Q. Freud Antipedagogo. Buenos Aires: Paidós, 1979.

TOSQUELLES, F. Estructura y Reeducación Terapéutica. Fundamentos. 1973.

ZULETA, Estanislao. El Pensamiento Psicoanalítico. Percepción. Medellín, 1985.